

## RECENSIONES

Andrés Opazo Bernal. *Costa Rica. La Iglesia católica y el orden social. Entre el dios de la polis y el dios de los pobres*. San José: DEI, 1987, 224 páginas.

Este libro pertenece, como otro sobre Nicaragua, el cual recensionamos en la edición anterior de la revista, a la colección Iglesia y pueblo. Las publicaciones de esta colección son el resultado de una investigación sobre las nuevas formas de conciencia social en los sectores populares cristianos desarrollados por el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales del CSUCA entre 1982 y 1985.

El caso costarricense es un buen ejemplo contemporáneo de la capacidad y eficiencia del sistema de representaciones y valores religiosos para organizar la percepción social. La Iglesia como institución ha conseguido forjarse una inmejorable posición dentro de la sociedad civil y en el seno de las instituciones del Estado costarricense. El Estado costarricense sigue siendo, pese a las declaraciones oficiales, un Estado confesional y católico (p. 13).

La hipótesis más importante de este estudio de sociología de la religión postula que la reacción eclesial ante el nuevo estado de cosas posterior a la revolución de 1949 consiste en una reproducción de las mismas actitudes de sacralización del orden social que mantenía en su seno la sociedad campesina tradicional, pero ahora dirigida hacia la reverencia sacralizante del nuevo orden constituido alrededor del Estado benefactor. El Dios que antes era representado como principio reactor de la naturaleza y de la convivencia campesina se ha trastocado en un Dios integrador de la *polis*. Cambiaron los contenidos ético-religiosos, pero se mantuvo inalterada la función sacralizante de la religión respecto de la organización social (p. 15).

Mucho después del Vaticano II y de Medellín y de forma muy lenta y esporádica se dio una cierta

diversificación del campo religioso al producirse nuevos contenidos teológicos y nuevas funciones sociales y políticas alternativas. Pero en esos precisos momentos, el libro muestra claramente cómo la Iglesia costarricense reforzó y expresó con más vigor la adhesión al Dios garante del Estado democrático, fusionando conceptos religiosos con conceptos políticos de signo opuesto a los de los sectores populares cristianos más radicales. Mientras en algunos sectores bien localizados y más bien pocos se buscaba un proyecto de evangelización desde la opción por los pobres, desde la Iglesia oficial se lanzaba otro proyecto de cristianización de la sociedad desde el poder del Estado.

El libro está dividido en tres partes. En la primera se reconstruye el papel de la Iglesia en los procesos políticos ocurridos desde 1960. La única novedad de esta sección, como bien lo hace notar su autor, es el método. En efecto, en esta sección se atiende a tres variables o a tres actores sociales, los sectores dirigentes y la naturaleza del proyecto político reformador implementado desde el Estado; el movimiento popular, su incorporación en dicho proyecto y sus reivindicaciones al entrar en crisis ese proyecto y la Iglesia. En la segunda parte se reconstruyen algunas experiencias pastorales innovadoras en medios populares rurales y urbanos. En la última parte se propone una interpretación sociológica de los fenómenos analizados en los dos capítulos anteriores a partir del método de construcción tipológica y de comprensión genética y funcional de los tipos por su referencia a los contextos sociales donde han surgido y se han desarrollado.

Lo más llamativo de este estudio sociológico de Opazo Bernal es el papel de la Iglesia en la conformación social costarricense. El episcopado costarricense, y con él la mayor parte de la Iglesia, ha aceptado al Estado benefactor y por eso mismo no ha enfatizado ni pretendido una transformación de la

sociedad desde los intereses de los pobres, sino que sólo ha urgido ajustes, y correcciones y reformas para prolongar el modelo vigente. Esta perspectiva eclesiástica es idéntica a la de los sectores burgueses. En efecto, ambos han magnificado como valor supremo, no la calidad de vida del pueblo, sino la democracia como forma política. Les preocupa "la brecha social" en tanto atenta contra "la paz social," es decir, contra la supervivencia del sistema político. La Iglesia ha transmitido este mensaje como el punto central de su predicación.

En su discurso oficial, sin embargo, la Iglesia costarricense ha sostenido la opción por los pobres, pero más allá del discurso lo que ha estado proponiendo ha sido la obligación del Estado de no hacer más crítica la vida de los pobres. La actividad política de los mismos pobres es considerada una amenaza para "la paz social," con lo cual se ha deslizado el contenido del discurso desde el problema del pobre hacia el rico bueno y justo que desea la paz. Este desplazamiento del sentido ha estado mediatizado por una ideología política, que en Costa Rica comparten el socialcristianismo y la socialdemocracia. En el fondo, la Iglesia ha estado sosteniendo el proyecto sociopolítico del Estado. En consecuencia, la opción por los pobres no ha sido tanto una exigencia evangélica, sino un principio político aplicable a la dirección del Estado y a la conducta de los ricos (p. 57).

Consecuente con este planteamiento, la presencia sacerdotal se encuentra concentrada en las capas medias. En ella ha predominado la pastoral ritual en detrimento de la pastoral social; no obstante ello se han dado algunos niveles de presencia en los medios populares, siendo su nota dominante el asistencialismo. Este último se ha canalizado a través de Cáritas. Así, Opazo demuestra cómo la inercia ha sido y sigue siendo la característica fundamental de la Iglesia costarricense.

Las corrientes renovadoras han experimentado graves dificultades por parte de la institución eclesiástica. Estas dificultades se explican porque ésta cree que el mundo ya es sagrado, y por lo tanto, sólo es necesario mantener una actitud de vigilancia contra los poderes del mal. La dimensión histórica está ausente al aceptar los órdenes natural y social como definitivos y como expresión adecuada de la voluntad de Dios (p. 90).

Si en un primer momento predominó el Dios de la naturaleza, ahora ha debido dejar paso al Dios del Estado. Si el primero era omnipotente respecto a la naturaleza, el segundo lo es respecto a lo político. Gobierna a través de reyes y presidentes de acuerdo a un ordenamiento de carácter sagrado; es benévolo

con el obediente, pero puede consagrar severamente la represión de los rebeldes (p. 182). De esta forma, la Iglesia ha asumido ideologías políticas como si fueran principios religiosos y, por lo tanto, verdades axiomáticas, válidas en sí mismas. Son las mismas nociones que legitiman el poder del Estado.

Las experiencias pastorales innovadoras (la parroquias de San Gabriel Aserrí, el Pacífico Sur y Chacarita) demuestran que pese a la particular y eficaz imbricación entre el poder estatal y el eclesiástico, la proclamación de un mensaje religioso liberador tiene audiencia en un país donde las contradicciones sociales no revisten la envergadura de sus vecinos (p. 157). El problema fundamental está en la transmisión del mensaje. Hasta ahora, sin embargo, han predominado las características propias de la Iglesia institucional tradicional. Las experiencias pastorales en la línea de la liberación y de la opción por los pobres son pocas y de muy escasa influencia en la Iglesia costarricense. Han sido más bien experiencias toleradas, pero no seguidas. En este libro se hace una detallada presentación de algunas de estas experiencias, en especial de la Chacarita. El especial interés de Opazo hacia esta experiencia no debe llevar a pensar que estas experiencias renovadoras son un fenómeno generalizado en la Iglesia costarricense.

La interpretación del arzobispado de Sanabria y de su alianza con el partido comunista es novedosa y crítica. Según Opazo, el reformismo eclesiástico de Sanabria se gestó en una coyuntura bien precisa. La función social de la iglesia estaba supeditada en ese entonces a la presencia activa de las clases populares en la política. Al descender el nivel de esta presencia, disminuyendo la amenaza que contenía para el orden social, la iniciativa eclesiástica se esfumó. Ello muestra que la jerarquía ha mantenido una actividad basada en una visión pragmática de ciertos principios doctrinales y fecundos, pero no interiorizados en el clero. El reformismo quedó limitado a apoyar un proyecto de canalización del conflicto social. Así, el comportamiento del arzobispo Sanabria "pudiendo ser éticamente inobjetable, no trasciende lo episódico y coyuntural" (p. 170).

Este análisis de la Iglesia costarricense contradice el mecanicismo economicista que percibe la subordinación de la Iglesia al Estado como fundada directa y necesariamente en facilitar a aquella el acceso al poder económico y político. Al contrario, la Iglesia como institución religiosa monopólica está orientada por su propio interés religioso de asegurar su clientela consumidora de bienes de salvación que ella ofrece y que le promete su supervivencia institucional (p. 208).

R. C.

Kern Walter Franz Josef Niemann. *El conocimiento teológico*. Barcelona: Editorial Herder, 1986, 240 páginas.

La obra, confiesan los autores, tiene una intención didáctica: "tratamos de acomodarnos a la necesidad y capacidad de los semestres centrales de los estudios universitarios" (pág. 9). Es fruto de los cursos impartidos sobre la materia en la Universidad Innsbruck.

La teología fundamental ha recibido en las últimas décadas una gran atención por parte de los teólogos ampliando su campo a veces hasta abarcar toda la teología o incursionando en todos los temas que tenían relación con la fe. Así se ha visto agrupar bajo este capítulo artículos sobre moral, política, problemas sociales, psicológicos, etc.

Por otro lado, constatan los autores de este libro que "la teoría del conocimiento teológico no tiene un lugar fijo en el conjunto de la teología" (pág. 11), pues tiene relación con la teología dogmática y con las cuestiones que constituyen la temática de la teología fundamental. Los autores pretenden delimitar el tema elaborando una exposición sobre los fundamentos de la ciencia de la fe, es decir, de la teología: en otras palabras, cómo debe hacerse teología, cómo tratar la fe científicamente, de dónde partir, qué criterios deben regir esta teoría. En el capítulo 1 desarrollan la relación entre la dimensión comunitaria, eclesial, y la ciencia teológica. La revelación de Dios está expresada en palabras humanas y consiguientemente "la fe está relacionada en el habla, el habla con la comunidad. Lenguaje y comunidad son términos intercambiables. El lenguaje nace de la comunidad y crea la comunidad" (pág. 23).

La científicidad de la teología deberá considerar esta dimensión celestial, pues en ella tiene su origen y su expresión. Los tres capítulos siguientes (2-4) tratan de las fuentes de la teología: la escritura, la tradición y el dogma, cada una en su propio nivel. Es clara la influencia de K. Rahner y su teoría sobre la inspiración. Toda la articulación de los capítulos y el punto de arranque gravitan sobre ella. En estos tres capítulos además de la exposición de cada tema, los autores presentan una visión histórica de cómo se han entendido estas fuentes de la teología en la historia del cristianismo. Lo reducido de la obra no permite sino un tratamiento general del tema, que sin dejar de ser riguroso, es claro. El último capítulo (4) versa sobre el magisterio, proyectándolo en la perspectiva del Vaticano II. En él se analiza la misión docente de toda comunidad eclesial y las funciones propias y los grados de responsabilidad de quienes realizan esta misión. Los teólogos tienen en ella su tarea propia, mediadora entre la comunidad de los creyentes y el magisterio oficial. Tenemos en este libro una obra útil clara y una excelente guía para el estudio de la teología.

En él se encuentran tratados los conceptos que tienen relación con el conocimiento teológico, elaborados dentro de un esquema que asume la historia de la teología y se expresan a la luz de la teología del Vaticano II.

A.L.

Franz Koenig. *Iglesia ¿Adónde vas?* Santander: Sal Terrae, 1986 111 páginas.

El cardenal Koenig, arzobispo dimisionario de Viena, fue una de las figuras decisivas del Concilio Vaticano II, de la política de apertura hacia el este (*Ostpolitik*) durante los pontificados de Juan XXIII y de Pablo VI. Este librito está escrito en forma de entrevista con el cardenal Koenig y en sus páginas va consignando los recuerdos de los preparativos del concilio, y el desarrollo del mismo. Las preguntas versan sobre cada una de las sesiones del concilio. La segunda mitad del libro recoge sus experiencias al frente del secretariado para los no-creyentes, el papel que el arzobispo de Viena desempeñó como puente con la Iglesia ortodoxa y con los países socialistas, y nos deja sus reflexiones sobre el futuro de Iglesia.

En estos momentos en que de manera sutil se quiere invertir el dinamismo del Vaticano II., el cardenal Koenig revive el espíritu que animó al concilio y a los papas Juan XXII y Pablo VI. Nos recuerda las posturas preconciliares que se consideraban en posesión del derecho y de la autoridad y cómo el concilio fue encontrando su rumbo y su estilo.

Con sutileza contrasta el hábito renovador del concilio con las tendencias actuales "restauracionistas" que se van apoderando de la Iglesia, señalando en concreto la actuación de la congregación de la fe y de su prefecto el cardenal Ratzinger. De una Iglesia servidora de la humanidad, atenta a los problemas de los hombres, confiada en la presencia actual de del Espíritu Santo, estamos regresando a la preeminencia del aparato institucional, y de los organismos centrales sobre la vida de la Iglesia universal. Es refrescante oír a este anciano respetuoso y franco recordar aquellos años decisivos para la Iglesia. La obra del Concilio Vaticano sólo será efectiva si se retorna su visión, su espíritu y su teología.

Este librito se lee con agrado por la perfección de la técnica de la entrevista, por el interés de los temas tratados y por sus respuestas precisas. La vivencia de una personalidad tan rica es alentadora y sugerente, y nos transporta a aquellos momentos eclesiales en que el espíritu movía con libertad a la barca de Pedro. "La Iglesia debe, en efecto, avanzar y renovar el espíritu del Concilio; pero reformándolo-

lo hacia adelante, no reprendiéndola con temor, porque el cambio producido entonces constituye un hito irrenunciable. El discurso del Papa Juan contra quienes profetizan desdichas, sigue conservando hoy toda su validez" (pág. 102).

A. L.

E. Coreth y H. Schöndorf. *La filosofía de los siglos XVII y XVIII. Curso fundamental de filosofía, No. 8.* Barcelona: Editorial Herder, 1987, 232 páginas.

E. Coreth, P. Ehlen y J. Schmidt. *La filosofía del siglo XIX. Curso fundamental de filosofía, No. 9.* Barcelona: Editorial Herder, 1987, 236 páginas.

Estos dos volúmenes del curso de filosofía fundamental presentan la historia de la filosofía desde los comienzos de la edad moderna hasta comienzos del siglo XX. En el primer volumen predominan desproporcionadamente Kant (de la página 123 a la 204). Todos los demás filósofos son pasados rápidamente y en algunos casos de una manera tan veloz que uno no se entera en realidad de qué hablaron o

qué discutieron. Lo mismo sucede prácticamente en el Volumen siguiente, aquí predomina Hegel (de la página 63 a la 120). Los demás filósofos del siglo XIX son pasados más o menos rápidamente. El leninismo, por ejemplo, se liquida en 2 páginas. Y no es el único caso. En este sentido la obra no cumple con sus objetivos, ni siquiera con los del manual, porque quien la consulta no se aclara suficientemente sobre la tesis e ideas principales de los filósofos. Tampoco se encuentra una reelaboración de las ideas fundamentales de los filósofos cuya influencia histórica ha sido decisiva y determinante, exceptuando a Kant, Hegel y Marx.

Tratándose de un manual se echan de menos las introducciones generales que sitúen a los pensadores y sus ideas. A veces se cae en el método de la ficha escueta. Asimismo parece que los filósofos han sido leídos desde una perspectiva confesional cristiana, pues constantemente se está señalando su ateísmo y su materialismo. Como manual pues no es nada recomendable, exceptuando los casos de los filósofos señalados.

R. C.

